EUGENIA PALIERAKI, *¡La Revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, LOM Ediciones, 2014, 484 páginas.

¡La Revolución ya viene! es una exhaustiva investigación de Eugenia Palieraki, resultado de su formación doctoral en la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne y que contó con la cotutela de la Pontificia Universidad Católica de Chile, sobre la vida del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) desde su nacimiento en 1965 hasta el triunfo de la Unidad Popular en 1970. Aunque no es un tema novedoso, considerando que la historia de esta organización revolucionaria ha ejercido una fuerte atracción sobre los investigadores del campo de la historia política reciente de Chile (especialmente en el último tiempo, coincidiendo con la conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado de 1973)⁵⁹, la historiadora griega logra introducir una perspectiva crítica en el debate acerca del lugar que corresponde a esta agrupación en el sistema político chileno de la década de 1960 y dentro de la cultura política de la izquierda chilena, donde se hunden sus orígenes. Eugenia muestra que la historiografía ha sobrevalorado el influjo de la Revolución Cubana en la germinación del movimiento a expensas de soslayar la trayectoria previa a este acontecimiento de las distintas corrientes izquierdistas que confluyeron en su fundación y la estrecha conexión del MIR con la ideología y las reformas sociales y económicas de la Democracia Cristiana (DC) que ocupó el poder entre 1964 y 1970. En este periodo, además, el MIR pasó de ser un grupo radicado en la política universitaria a ser una expresión política con influencia nacional. También acusa la falta de contextualización de los estudios acerca de la opción por la “lucha armada” que adoptó el MIR y el escaso interés que han invertido los investigadores en las múltiples funciones que esta tuvo dentro de las organizaciones de izquierda —destaca el caso del sector “eleno” del Partido Socialista— que en la misma época la hicieron su estrategia, así como en su impacto en las relaciones entra cada una de ellas de cara a las elecciones presidenciales de 1970. Antes que constituirse en una “razón de ser” del MIR, aunque las discusiones teóricas sobre la validez del uso de la violencia revelan que algo de esto había, la autora considera a la “lucha armada” como el producto de una compleja opera-

⁵⁹ Por ejemplo, Igor Goicovic, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Concepción, Ediciones Escapate, 2012; Osvaldo Torres, *Democracia y lucha armada: MIR y MLN-Tupamaros*, Santiago, Pehuén Editores, 2012; Cristián Pérez, *Vidas revolucionarias*, Santiago, Editorial Universitaria, 2013; Mario Amorós, *Miguel Enríquez: un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario*, Santiago, Ediciones B, 2014; Carlos Sandoval, *Historia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, Santiago, Editorial Quimantú, 2014, 4 vols.

ción que involucraba la pugna por la legitimidad interna, las posibilidades tácticas que ofrecía la atención mediática que provocaba el grupo, la férrea dirección que ejercía Miguel Enríquez y el sincretismo y la improvisación de la estrategia del MIR que resultaba de la búsqueda de concordancia con los cambios, para nada infrecuentes, en la postura internacional de Cuba.

El método de Eugenia Palieraki se propone situar al MIR en su contexto nacional, continental y global en el corto y largo plazo. Tomando razón de la magnitud de tal empresa y de la impureza de cada uno de estos ámbitos, cabe destacar que el énfasis está puesto en la dimensión nacional de la historia. A pesar de alguna desprolijidad presente en el relato, el lector encuentra una contundente exploración de la historia del MIR basada en la amplia gama de testimonios retrospectivos de sus militantes, el acceso a documentos internos del partido poco conocidos y de escasa circulación, el uso de archivos judiciales sobre causas en que estuvieron implicados miembros del MIR, una minuciosa selección de diarios y revistas de la época y un macizo conocimiento de la bibliografía disponible en cada área abordada, todo lo cual permite a la autora adentrarse con autoridad en las diversas hebras que entretajan la trayectoria del movimiento. Sin embargo, tomando en cuenta que el propósito declarado por la autora es diferenciarse de los mitos alimentados por la historia militante, llama la atención que deposite tanta confianza en el análisis político, cargado, como es obvio, de intenciones de justificación, que elaboran sus entrevistados, lo que queda medio claro en la imagen de revolucionarios pobres, torpes en la acción violenta y moralmente probos que proyecta el texto, retrato que por lo demás podría elaborarse de cualquier grupo revolucionario en sus inicios.

¡La Revolución ya viene!, consta de tres partes, cada una presentada en dos capítulos. La primera se remonta a las décadas de 1920 a 1950, periodo de formación política de los principales dirigentes de la “vieja generación”, una fórmula que la autora ocupa en pos de agilizar la narración y distinguir al grupo de fundadores como Clotario Blest, Enrique Sepúlveda y Oscar Waiss, entre otros, de la “joven generación” que lideró Miguel Enríquez y adquirió protagonismo desde 1967 en adelante. Eugenia demuestra que el MIR fue un movimiento en el que se aunaron distintas versiones radicalizadas de las principales corrientes ideológicas presentes en la izquierda durante el siglo xx, que se habían escindido de los partidos tradicionales, dando cohesión y domicilio a los grupúsculos desperdigados por las fricciones internas del sector. Así, en este proyecto político convergieron un grupo de dirigentes entre los que había trotskistas y disidentes comunistas cercanos al maoísmo junto a Clotario Blest, proverbial figura de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y del sindicalismo en Chile, que vinculaba a la nueva organización con una tendencia más radicalizada del cristianismo social. Tanto Clotario Blest como Oscar Waiss, dirigente trotskista que promovió una renovación ideológica de la izquierda en la década de 1950, actuaron como mediadores entre la izquierda chilena y la “joven generación”, en cuya formación política contribuyeron en forma decisiva. El legado de Clotario Blest se sintetizaba en la afirmación de ideales como la unidad de los trabajadores, la desconfianza de los partidos políticos y la acción directa de las masas, un imaginario revolucionario que adquirió verosimilitud con las jornadas de protesta de abril de 1957. Estas habrían de desempeñar un papel fundamental en la construcción fundacional del MIR. La influencia de Oscar Waiss, por otra parte, procedía

de su defensa de una definición local de la naturaleza de la revolución y de los medios para conseguirla a través de una lectura heterodoxa de los textos fundamentales del marxismo-leninismo, una propuesta que, como destaca atinadamente la autora, se emparentaba con la idea de una vía al socialismo adaptada a las especificidades del país que más tarde retomaría la Unidad Popular. Empero la biografía de las rupturas, idas y venidas y pensamientos de estos dirigentes no lo explicaba todo. La fundación del MIR brotó principalmente del espacio abierto por el debate teórico-político entablado entre el Partido Comunista y el Partido Socialista desde la década de 1950 y que tuvo su momento culminante en 1962, cuando los secretarios generales de ambos partidos, Luis Corvalán y Raúl Ampuero, se enfrentaron públicamente en un intercambio de cartas. Según Eugenia Palieraki, la puesta en entredicho de la infalibilidad teórica del PC, la crítica del PS a la división del mundo en dos bloques y al papel de la Unión Soviética como vanguardia del proletariado y de la revolución mundial defendida por el comunismo, y el ataque a la “vía pacífica”, una suerte de “abandono” de la revolución según la crítica de Raúl Ampuero, con motivo del ejemplo otorgado por la experiencia cubana, se convirtieron en la “columna vertebral” del discurso y del programa político del MIR (p. 49). En buena medida, el MIR descendía de una crítica de la posición socialista en este debate, toda vez que el PS, dada su ambigüedad frente al asunto electoral, no cumplía las condiciones para representar ni la autenticidad ni la unidad de todos los revolucionarios, núcleo del proyecto del MIR.

La segunda parte es menos convincente que la primera, quizá debido a que Eugenia Palieraki arriesga una tesis tan sorprendente como controvertible. Sin ambages, la autora sostiene que el MIR puede ser considerado un “producto, seguramente no deseado, de los proyectos políticos de la Democracia Cristiana” (p. 164). En favor de esta aseveración, arguye la amistad al nivel de las bases, especialmente universitarias, que se dio entre varios militantes del MIR y la DC y que facilitó algunas migraciones de militancias y simpatías del centro a la extrema izquierda. Según esta visión, el socialcristianismo habría sido una fuente de inspiración de la izquierda radical y el mirismo habría calado hondo en las filas de la DC y algunos sectores católicos. Por otra parte, tanto en lo político como en lo teórico, la labor de la Democracia Cristiana habría pavimentado el camino del MIR al preparar el auge de la teoría de la dependencia y, en la política universitaria, servir desde la FEUC como modelo programático a los dirigentes miristas que ganaron la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción en 1967. Además, agrega que la valorización de la juventud como agente renovador de la política que comandó la Democracia Cristiana se extendió a la valorización de los partidos que, como el MIR, se definían como “jóvenes” o que habían logrado atraer a muchos en ese segmento de edad.

La ambición de una tesis como esta, que aboga por la ascendencia de la DC sobre el MIR, reclama argumentos de mayor pulcritud. Entre otras cosas, salta a la vista lo engorroso que resulta determinar qué es un “producto no deseado” de algo y distinguirlo de la dinámica, muchas veces azarosa, de las tramas políticas. La expresión de Eugenia Palieraki corre el riesgo de abrogar la responsabilidad de los factores señalados en la primera parte del libro que contribuyeron a la fundación del MIR y que eran anteriores a la formación de la Democracia Cristiana en 1957 y del proceso político que esta protagonizó desde el gobierno. Por otra parte, los argumentos a los que recurre, valorados en exceso, desestiman algunos aspectos que a continuación intentaré iluminar en forma

sucinta. Las herramientas conceptuales que adoptó el MIR, el marxismo y la teoría de la dependencia, eran sumamente competitivas y autosuficientes, con una actividad en la opinión pública y los medios intelectuales de la década de 1960 que solo puede pasarse por alto si se las considera en una posición de poder e influencia desigual frente al desarrollismo y otros lenguajes políticos, una aprehensión recurrente en ciertos círculos de izquierda. También la transferencia de ideas y militantes desde la Democracia Cristiana al MIR parece estar sobrevalorada. Considerando que la sociedad chilena de la época era una sociedad abierta y polémica, resulta inadecuado confundir las similitudes entre uno y otro actor, indudablemente existentes, con una relación causal, vertical. Si bien Eugenia Palieraki acierta, como lo ha hecho gran parte de la historiografía, en señalar a la derrota electoral de la izquierda en 1964 como una fuerza que estimuló la creación del MIR, el triunfo y el programa de la Democracia Cristiana justificaron el reacondicionamiento de las estrategias y actitudes de cada uno de los actores políticos del momento. Tal nueva organización del escenario político, con seguridad, propició el espacio que ocupó el MIR, pero esta respuesta se debía más al “proceso político” en curso, ese juego de la pugna por el poder entre quienes lo persiguen, que a una relocalización de las ideas socialcristianas en la extrema izquierda. De todos modos, debemos concederle un punto a la autora. Si bien la apelación a la juventud estaba presente desde el *Catecismo político cristiano*...⁶⁰, uno de los primeros ejercicios intelectuales sobre el gobierno republicano en Chile, la década de 1960 marcó la profundización del papel político de los jóvenes, por lo que Eugenia Palieraki tiene razón al sugerir que esto revelaba un parecido entre la DC, con su pasado falangista a cuestas, y el MIR. Todavía más, al autodefinirse como un partido de vanguardia, revolucionario y haberse construido sobre la base de la amistad personal, transformándose en una “comunidad afectiva”, el MIR replicaba una de las prácticas más características de la Democracia Cristiana, aunque esto dista bastante de llenar una explicación de la relación entre la DC y el MIR al interior del proceso político tal como se dio, en un plano de franca hostilidad.

La tercera parte del libro revela la pericia de Eugenia Palieraki como historiadora de los conceptos políticos. El tema de esta sección es la historia de la compleja preeminencia al interior del MIR de la idea de la “lucha armada”, factor de unión y disolución a la vez dentro del movimiento mismo y dentro de la izquierda, y de la evolución en la interpretación que se le daba al uso de la “violencia revolucionaria” (que pasó de ser ofensiva a ser defensiva). Eugenia muestra que la coherencia filosófica —eso que generalmente llamamos “principios”— en este caso de un actor colectivo, no queda exenta de una influencia histórica, manifestada como urdimbre del poder, de los intereses que exigen las coyunturas, internas y externas, nacionales e internacionales, y de las decisiones que los actores toman teniendo en vista su conveniencia. En efecto, para que la “lucha armada”, o la persuasión basada en Mao Tse-tung y Che Guevara [Ernesto Guevara] de que no hay una clara distinción entre lo político y lo militar, prosperara al interior del MIR no solo debía contarse con un acervo intelectual sólido, que requería mucho estudio y debate, sino que era imprescindible que concurrieran varias condiciones, como el

⁶⁰ José Amor de la Patria, *Catecismo político cristiano, dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos de la América meridional* [1810], Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1969.

desplazamiento de la “vieja generación”, en su mayoría trotskista, de la dirección del movimiento y la consiguiente legitimidad total de las ideas del grupo de Miguel Enríquez, la evolución del MIR del plano universitario al nacional y, sobre todo, el creciente apoyo de Cuba a la “joven generación”, la que astutamente reprodujo con exactitud el predicamento del Che Guevara para seducir al gobierno de La Habana y conseguir su apoyo moral, operativo y económico. Además, la “lucha armada” era un mensaje que poseía una función que no era estrictamente política. Sirvió como anzuelo de militantes jóvenes, universitarios y escolares, que aportaban número a la sobreestimada militancia del partido y también como factor de propaganda mediática, lo que contribuía a agrandar —en forma artificial según Eugenia Palieraki— las posibilidades reales del discurso adoptado por el MIR, aportándole junto con esto estabilidad institucional. Por otra parte, el giro a la “ficción democrática” que supuso el postrero y avergonzado llamado de la dirección del MIR a votar por la candidatura de Salvador Allende, quizá el hallazgo más valioso del libro (pp. 406-407), y que abrió una etapa de estrecha colaboración entre el MIR y la Unidad Popular materializada en la escolta presidencial conformada por algunos miristas y en la cooperación mutua de los servicios de inteligencia de los partidos oficialistas y del MIR, refrenda dos cosas: que, incluso, los más fervientes detractores de la vía electoral dentro del MIR consideraron la eventual utilidad del marco legal para sus propósitos políticos y la relatividad de los discursos, lo volubles que son las palabras y hasta las más fuertes convicciones políticas.

Sin perjuicio de todos los méritos que posee el libro, hay, sin embargo, algún elemento que deja gusto a poco. La consabida labor contextualizadora de este trabajo, en lo que alcanza mucho éxito, consagra, por otra parte, la recurrente tendencia del discurso político, implicado en el testimonio de los entrevistados como también en el criterio de la autora, a diluir la propia responsabilidad, la libertad si se quiere, respecto de los pasos dados en este ámbito. En lo que puede ser considerado un halago y también una reserva, me parece que a esta obra, imprescindible en cualquier estudio futuro del MIR y la izquierda chilena del siglo xx, perfectamente se le pueden aplicar esos versos que dicen “en mi principio está mi fin” y “en mi fin está mi principio”.

DIEGO HURTADO TORRES
Pontificia Universidad Católica de Chile